



VAMPIRII

La nación de las tinieblas

Fernando González

LO

Primera parte

Montevideo

El Dragón Sub

El Dragón Subterráneo. Así se llamaba el boliche donde encontré a Lucrecia. Verla y enamorarme con una pasión que nunca había sentido fueron cosa de segundos. Si ustedes la conocieran, sabrían que eso es algo inevitable. Lucrecia es la mujer de la que todos quieren huir y de la que nadie puede dejar de enamorarse, ciegamente. Basta con una mirada para saber que encarna todos los peligros, que es la dueña de las trampas más terribles, de las angustias más profundas, de los secretos más dolorosos, y sin embargo, después que intercambiás las primeras palabras, es imposible apartarse de ella.

9

Sí, no es nada raro que yo me haya enamorado de esta manera. Todo lo contrario, diría que es lo más natural. Lo extraño es que ella me correspondiera. Nunca voy a saber qué vio en mí, un chico de diecisiete años igual a tantos que andan por la ciudad, pero no me importa ni me detengo a pensarlo porque es un esfuerzo inútil. Lo único que me interesa es que ella también me ama y que juntos podemos enfrentar al mundo entero.

* * *

Dejemos a Lucrecia por un momento, ya habrá tiempo para hablar más extensamente de ella. Ahora debo contarles sobre El Dragón Subterráneo o El Dragón Sub, como le llamábamos cariñosamente los que solíamos parar allí. Estaba ubicado en la esquina de Colonia y Yi. Tenía entrada por ambas calles y unas ventanas enormes que ocupaban el noventa por ciento de las paredes exteriores. En verano o cada vez que el tiempo lo permitía, Danilo, el dueño del boliche, sacaba a la vereda mesas y sillas que enseguida se llenaban de clientes. Era común que se entablaran conversaciones de mesa a mesa o a través de las ventanas, entre la gente que se sentaba afuera y adentro.

El interior del local era bastante impersonal, sin demasiados elementos distintivos, un bar como esos que son tan comunes en Montevideo. Lo más destacable eran los espejos que ocupaban las paredes interiores y llenaban los espacios que quedaban entre puertas y ventanas, multiplicando hasta el infinito las imágenes de la gente que bebía sin parar. También había una pintura, en realidad un grafiti, que representaba a dos peces fantásticos dándose la mano. Alguien con el visto bueno de Danilo los estampó sobre uno de los muros justo por encima de la línea de los espejos y allí quedaron como testigos mudos, y algo somnolientos, de las historias que transcurrían bajo sus miradas.

Lo que verdaderamente diferenciaba a El Dragón Sub de otros boliches era la gente que acostumbraba a parar en él. Como si se hubieran puesto de acuerdo para darse cita en ese preciso lugar, un conjunto de personajes extravagantes, que parecían viajeros de otros mundos, se reunían para beber y conversar de sus proyectos. Actores, músicos, cantautores, fotógrafos que exponían allí su

trabajo, y una larga lista de seres habituados a vivir durante la noche se apropiaban del sitio y le transmitían su energía, convirtiéndolo en una especie de santuario en el cual se rendía culto a la imaginación.

Más de una vez, mientras fumaba apoyado en un árbol que se elevaba, macizo, a pocos metros de la puerta, pude contemplar en silencio el ir y venir de esas criaturas extrañas. Cuando los miraba, me imaginaba que no eran seres humanos comunes y corrientes, que algo distante y misterioso los había tocado convirtiéndolos en lo que eran, diferenciándolos para siempre del resto de la especie. Tal vez por esa razón, porque siempre hubo algo sospechoso en ese lugar, no me sorprendí cuando me enteré de que algunas de las personas que paraban en El Dragón Sub eran vampiros.

11

* * *

Danilo era alto, medía casi dos metros, y aunque su figura imponía respeto, algo en él transmitía tranquilidad a quien lo contemplara. Quizá fueran sus ojos, su mirada casi infantil y algo triste, o su manera de hablar lenta y pausada. Siempre pensé que solamente alguien como él podía estar al frente de un establecimiento tan particular, y esa idea, que en un principio era un simple presentimiento, demostró ser completamente acertada.

La noche en que todo comenzó, Danilo, parado detrás de la barra, hacía números, llevaba las cuentas de los clientes o redactaba un pedido de mercadería. En los parlantes sonaba un compacto de Mónica Navarro. Casi todas las mesas estaban ocupadas por gente que bebía y conversaba de sus asuntos. Yo había elegido el lugar de siempre, una mesa pequeña al fondo del local. Estaba sentado de espaldas a la

pared, tomando una cerveza y garabateando en la libreta de dibujo. Me había acostumbrado a parar en El Dragón Sub desde hacía poco más de un año, cuando comencé a estudiar diseño gráfico. Al principio iba con un amigo, un compañero de curso, pero al poco tiempo empecé a frecuentarlo solo. Allí nadie me interrumpía ni me acusaba de hacer tonterías ni menospreciaba mi trabajo; por eso me resultaba un lugar cómodo para pensar y dibujar.

Desde que tengo memoria siempre quise dibujar. En particular me gusta el dibujo japonés, el anime. En aquella época soñaba con hacer mis propias películas de animación, pero mis padres se habían puesto en contra, querían que me dedicara a algo más productivo, y la solución que encontré fue estudiar diseño gráfico. Eso les pareció más práctico que andar «haciendo dibujitos», como decían ellos, y me dejaron en paz.

—¿Querés alguna otra cosa? —me preguntó Fito, un mozo de pelo enrulado y lentes gruesos que además de servir mesas tocaba en un grupo de *rock*.

En realidad no se llamaba así, pero se parecía tanto al músico argentino que todos bromeaban con eso.

—No, gracias, así está bien —respondí.

—Bien, cualquier cosa me llamas —dijo mientras se alejaba sonriendo.

Ese era otro de los motivos por los que paraba en aquel boliche. Nunca me preguntaron la edad, jamás me hicieron ningún problema, y yo podía tomarme una cerveza sin que nadie se molestara. Es cierto que en aquella época ya era más alto que la mayoría de los chicos de mi edad, pero la cara de nene y la pelusa que me salía en lugar de la barba delataban que todavía era menor. A pesar de eso, desde la primera vez que entré en el bar siempre me trataron con respeto, como a cualquier cliente.

Era pleno agosto, pero la temperatura estaba muy por encima de lo habitual para la época. Mientras esperábamos a que llegara la tormenta que iba a regresarnos al invierno, la gente disfrutaba de la primavera anticipada.

De repente en la vereda, entre las mesas repletas de clientes, se armó un alboroto. Gritos y ruidos de pelea se colaron a través de las ventanas abiertas. Vimos volar botellas, sillas y hasta una mesa. Algunos chicos que huían espantados se metieron a los empujones en el boliche. Danilo levantó los ojos del mostrador y cuando se dio cuenta de lo que sucedía, corrió hacia la puerta; pero llegó demasiado tarde. Todo había pasado en cuestión de segundos.

13

Me acerqué hasta el lugar y noté que una calma tensa dominaba a todos los que estaban allí. A los pies de Danilo, que permanecía en silencio con el ceño fruncido y los brazos colgando, había un cuerpo tirado sobre un enorme charco de sangre; era evidente que estaba muerto, que no podíamos hacer nada por él.

* * *

—¡Eran doce o trece! ¡Llegaron juntos como si fueran una patota y sin decir nada se fueron encima del grupo de chicos que estaban por allá! ¡Empezaron a pegarles, no les habían hecho nada y empezaron a pegarles! ¡Fue una locura!

La joven que relataba la escena estaba en pleno ataque de nervios. Lloraba sin parar y gritaba con una voz demasiado aguda, daba la impresión de que en cualquier momento se iba a derrumbar y saldría corriendo lo más rápido posible de aquel lugar.

—Calmate —le pidió Danilo amablemente—, intentá concentrarte y contame lo que pasó mientras las imágenes estén frescas en tu memoria.

Ella aspiró aire ruidosamente, se limpió la nariz con la palma de la mano y continuó.

—No sé qué más decirte, fue una locura —repitió—; nadie los provocó, ellos llegaron y comenzaron la pelea sin previo aviso.

—Sí, está bien —asintió Danilo con paciencia—, pero después de eso, ¿qué sucedió?

La muchacha pensó un momento y enseguida su rostro cambió, parecía haber recordado algo más.

14 —En medio de la pelea uno de los atacantes sacó un cuchillo, un cuchillo enorme, y lo apuñaló varias veces sin que tuviera tiempo de defenderse —dijo señalando al muchacho que yacía muerto a nuestros pies.

Después se tapó la cara y se puso a llorar con más fuerza. Danilo se dio cuenta de que era inútil seguir preguntándole. Le pasó un brazo sobre los hombros e intentó consolarla.

Por un momento me detuve a mirar al muerto. Su cara me era familiar, solía venir todos los días a El Dragón Sub o al menos eso parecía, porque cada vez que yo pasaba por allí, él ocupaba una mesa con sus amigos, charlando animadamente y tomando grapa miel o algo similar. Debía tener entre veinticinco y treinta años, y más allá de su particular manera de vestir, al estilo gótico, nunca vi que tuviera problemas con nadie.

Como la joven continuaba llorando, saqué del bolsillo el paquete de Menthoplus que llevo conmigo para disimular el aliento a cerveza ante mis padres y se lo ofrecí, no se me ocurrió nada mejor. Mientras ella tomaba una pastilla y se la ponía en la boca, Danilo me miró serio. Parecía decirme «¿qué hacés acá?, ¿no te das cuenta de que cuando llegue la policía me van a joder por venderle

alcohol a un menor?», pero en lugar de eso hizo un gesto con la cabeza indicándome que entrara al local.

—Vamos —dijo finalmente—, acá no podemos hacer nada, tenemos que esperar a que las autoridades vengan a investigar este desastre.

Antes de entrar a El Dragón Sub miré por última vez al muerto. Nunca había estado tan cerca de un cadáver, me refiero al cadáver de alguien que hubiera muerto por causas violentas. Me sorprendió la naturalidad que tenía en la mirada. Si no hubiera sido por las puñaladas a la altura del corazón o por la cantidad de sangre que se había derramado en la vereda, uno podía llegar a pensar que aún seguía con vida.

15

Una vez dentro del local, Danilo regresó a su puesto detrás de la barra. Seguramente se preparaba para la llegada inminente de la policía y el interrogatorio molesto que vendría a continuación. Yo regresé a mi mesa y Fito enseguida se acercó con una Pepsi y un vaso limpio en la mano.

—El jefe dice que es mejor que dejes la cerveza y te pases a algo más suave, por las dudas —se excusó.

Mientras cambiaba las bebidas y los vasos miré a Danilo, que me respondió a la distancia con un guiño cómplice.

En ese preciso instante, mientras Mónica Navarro continuaba cantando desde el reproductor de compactos ajena al alboroto, a la pelea y a aquella muerte, mientras los más curiosos se apretaban en un círculo alrededor del muerto o comentaban el hecho en sus mesas o se retiraban de prisa, temerosos de quedar demorados como testigos, en ese preciso instante entró Lucrecia y nadie quedó indiferente.

En ese momento todavía no sabía su nombre, pero su presencia era tan poderosa que desde que entró al bar no pude apartar mis ojos de ella. Aunque se vestía igual que los amigos del joven asesinado, nunca la había visto por allí. Sin prestarle atención a nadie, se dirigió con paso firme a donde estaba Danilo y se detuvo junto a la barra, sosteniéndole la mirada.

—¿Te parece que es buen momento para venir? —le preguntó él, de mal modo.

16 Danilo se dirigía a la recién llegada con confianza, como si la conociera desde tiempo atrás. Jamás lo había visto tan enojado.

—Tengo un muerto en la puerta del boliche, en cualquier momento llega la cana y por si fuera poco, te aparecés vos —agregó en el mismo tono.

Los ojos de ella parecían brasas y durante unos segundos que duraron horas se quedó en silencio, meditando su respuesta. Después se mordió el labio inferior y levantó el mentón.

—Los responsables de esta muerte son ellos, no nosotros —dijo finalmente con una voz tan ronca y sensual que me provocó en el cuerpo una sensación que jamás había sentido.

—¡¿Cómo que no tienen nada que ver?! Si ustedes no vinieran tan seguido no habría pasado nada de esto —replicó Danilo.

—¿Necesito recordarte que nuestra colaboración es clave para que mantengas el boliche? ¿Que sin ella no tendrías nada? ¿Que este lugar no existiría sin nosotros? —respondió, gélida.

Las palabras de la chica cayeron sobre Danilo como un balde de agua fría. Por un momento tuve la impresión de que iba a responderle, pero enseguida se arrepintió y

entre los dos se instaló un silencio denso, sólido. Todas las miradas se centraban en ellos, el boliche entero seguía el diálogo con atención. Lo único que se escuchaba eran las sirenas de los patrulleros acercándose a toda velocidad y la voz desgarrada de Mónica Navarro que cantaba a través de los parlantes: *Vete, ¿no comprendes que te estás matando? / ¿no comprendes que te estoy llamando...?*

* * *

—¿Cómo se llama esa chica? —le pregunté a Fito, que estaba parado junto a mí.

—Lucrecia —dijo igual que si estuviera hablando en sueños.

—Lucrecia —repetí.

Como si mis palabras rompieran un hechizo, el mozo salió de su mutismo y detrás de él el resto de los clientes que estaban en el bar. Cada uno de ellos regresó automáticamente al punto en donde se habían quedado cuando Lucrecia entró a El Dragón Sub y volvieron a preocuparse de sus cosas. A opinar sobre el asesinato que acababa de ocurrir, a dar cátedra sin tener idea de lo que en realidad había sucedido, a hacer lo que la gente suele hacer: a hablar sin sentido.

Solo Danilo y la chica permanecían mirándose a los ojos en silencio. Entonces ella apoyó las manos en el mostrador y sonrió dejando ver unos dientes perfectos.

—OK, Dany. No nos vamos a pelear después de todo lo que hemos pasado —dijo distendida—. Servime un *Johnny* doble sin hielo.

Él sacudió la cabeza, esbozó una sonrisa triste e hizo lo que le había pedido. Después se fue a la puerta a esperar la llegada de los patrulleros.

Ella se quedó bebiendo junto a la barra. En el momento en que llegó la policía y los oficiales comenzaron a interrogar a la gente, giró y se apoyó de espaldas contra el mostrador. Yo di las gracias de que se quedara parada así, porque de esa manera podía mirarla con todo detalle.

Supuse que tendría varios años más que yo, por su aspecto debía haber pasado los veinte. Vestía una remera negra de mangas largas y pantalones del mismo color, ambos muy ajustados. Calzaba botas de cuero con cierres y hebillas, y llevaba un bolso pequeño tipo bandolera cruzado sobre la espalda. Tenía el pelo teñido de un rojo potente. Lo llevaba muy corto por detrás y con un jopo largo que le caía sobre los ojos. Un tatuaje que no lograba distinguir, que parecía una planta o un animal o ambos, se asomaba por el cuello de la remera y trepaba como si fuera una enredadera, hasta detenerse en la nuca pálida y desnuda. Otro tatuaje similar asomaba por la manga del brazo izquierdo y se extendía sobre el dorso de la mano. No sé por qué razón se me ocurrió que los dos tatuajes podían ser solo uno, un diseño único que se extendiera desde la mano hasta la nuca desnuda. En la oreja izquierda tenía tres perforaciones y en ellas brillaban tres pequeños aros plateados. Era una mujer impactante, pero lo que más me atrajo de ella fueron sus ojos. Sus ojos eran tan negros como un pozo profundo, en el que no se distingue el fondo, y brillaban como los de un animal nocturno a punto de lanzarse sobre su presa.

—Lucrecia —repetí en voz baja, casi inaudible.

Entonces, como si me hubiera escuchado, giró la cabeza y me miró directo a la cara. Yo bajé la cabeza y me concentré en el vaso que tenía delante, pero no pude evitar ruborizarme igual que un niño.

«Sos un tarado», me reproché, «no sabés cómo reaccionar cuando una mujer te mira».

Ella se separó de la barra y caminó hacia mí en línea recta, con el vaso de *whisky* en la mano. Cuando llegó junto a mi mesa, se quedó parada sin abrir la boca, esperando. Lentamente hice un esfuerzo y me obligué a levantar la cabeza para mirarla. Mis ojos se encontraron con los suyos y sentí que transpiraba como si estuviera bajo el sol del desierto.

—¿Qué mirás? No te das cuenta de que soy un bocado demasiado grande para vos —dijo cortante—. Si me comés podés atragantarte y... morir.

19

Se bebió el resto del *whisky* de un trago, depositó el vaso sobre la mesa con un golpe seco y se marchó del bar. Después de un instante de duda, me paré tan bruscamente que casi tiré la silla. Dejé el importe sobre la mesa, recogí el lápiz, el bloc de dibujo y mi mochila, y salí detrás de ella. No sé por qué lo hice, jamás había tenido un impulso como ese, pero fuese cual fuese la razón que me llevó a hacerlo, aquel acto cambió el curso de mi vida.

* * *

En este punto, es necesario que me tome unos minutos para contarles sobre algunos aspectos de mi persona de las que no me siento demasiado orgulloso.

Ya les dije que en aquella época andaba alrededor de los diecisiete años, pero todavía no les hablé sobre cómo me veía. Siempre consideré que mi rostro es bastante común, que no destaca entre la multitud. No me sentía feo, pero tampoco podía decir que era lindo, ni siquiera interesante: era uno del montón. En lo que sí sobresalía era en la altura. Era bastante más alto que la mayoría de los

chicos de mi edad, pero como nunca practiqué deportes porque los odiaba, lucía frágil y desgarrado, y hasta un poco enfermizo. Eso me hacía parecer una persona más débil de lo que realmente era.

Prefería leer o ir al cine antes que realizar cualquier actividad física. Mi mayor aspiración era convertirme en realizador de películas animadas, pero esa era otra de las tantas cosas que mis padres no veían con buenos ojos. Para ser sincero, debería decir que mi relación con ellos era un verdadero desastre; pero no quiero perder el tiempo contándoles las discusiones que teníamos porque tampoco aportarían nada. Como me gustaba dibujar, siempre llevaba papel, libretas o algún bloc a mano, y cada vez que tenía oportunidad, garabateaba en ellos y le daba rienda suelta a mi vocación. No puedo asegurarlo, pero creo que no lo hacía tan mal.

Mi nombre es otro tema. Cuando nací mis padres me anotaron como Nicolás, pero yo siempre sentí que no estaba bien. Ese nombre me sonaba como algo ajeno, desconectado de mi existencia. Era una palabra que no alcanzaba a definir ni remotamente lo que yo era. Por esa razón, cuando cumplí los doce años, cuando ocurrió aquella tragedia, empecé a decirles a todos que me llamaba Nick, y aunque al principio no me hicieron caso, finalmente comenzaron a llamarme de esa forma. Entonces comprobé que aunque mis padres me pusieron Nicolás, mi verdadero nombre es Nick.

En aquel entonces me convertí en alguien muy tímido y tenía unos problemas enormes para relacionarme con la gente, sobre todo con las mujeres. Creo que todo tiene que ver con lo que le pasó a Jorge, mi mejor amigo; pero eso es algo que les contaré más adelante.

Tan grandes eran las dificultades que tenía, que había llegado a los diecisiete sin tener novia y jamás había besado a una chica. Eso no significa que no me atrajeran. Por el contrario, sentía deseos como cualquiera a mi edad, pero cuando me gustaba alguna compañera de clase o conocía a alguien interesante, me paralizaba y comenzaba a transpirar como si estuviera enfermo. Era incapaz de sostener una conversación con una persona que me gustara; pero como tampoco podía reprimir lo que sentía, me había especializado en mirarlas desde lejos. Sentía una atracción casi obsesiva por esa práctica. Espiaba a las mujeres sin que se dieran cuenta y daba rienda suelta a mis fantasías. En general imaginaba historias en las que me comportaba diferente a como lo hacía en la realidad. En ellas era una especie de héroe o algo parecido, y en el último segundo lograba rescatar a la chica que se encontraba en peligro. Naturalmente, luego de salvarles la vida ellas caían rendidas a mis pies, pero eso nunca sucedía en la realidad. Aquellas proezas solo ocurrían en mis sueños.

Debido a esa obsesión, había desarrollado una gran habilidad para seguir a las personas sin que se dieran cuenta. Es verdad que al principio recibí cachetazos e insultos, pero con el tiempo me convertí en un experto. Y aunque no me sentía orgulloso de esa conducta, tengo que reconocer que gracias a ella pude vigilar a Lucrecia sin que sospechara nada. Tampoco me vieron los hombres que la perseguían desde que salió de El Dragón Sub. Ellos no me descubrieron hasta que fue demasiado tarde.

* * *

Este es un buen momento para hablarles de Jorge. En realidad siento que si no lo hago, si no explico el origen de

mis manías, van a pensar que soy repulsivo y realmente no creo merecerlo.

Ya les dije que era mi mejor amigo, no un simple compañero de clase que te acompaña a tomar una bebida en algún bar, como los que tengo ahora, sino un amigo de verdad, casi un hermano. Aunque era bastante más bajo que yo y no nos parecíamos en nada, fuimos compañeros de clase desde el jardín hasta primero de liceo. Justamente allí, en el liceo, fue donde los problemas que siempre había tenido se agudizaron hasta hacerse inmanejables.

22 Los códigos de secundaria son diferentes a los de la escuela. Ahí no hay una maestra que te conozca a fondo, que te contenga, que observe cada uno de los movimientos del colectivo que tiene delante y ordene la cancha. Los profesores, que cambian de hora en hora, no son capaces de ponerles límites a los abusos que cometen algunos chicos, y en todos los grupos hay tarados, patoteros que buscan a alguien para hacerle la vida imposible porque de esa manera se sienten mejor o por alguna razón que no llego a comprender.

A Jorge le tocó el papel de víctima. Nunca voy a saber por qué lo eligieron a él y no a mí; después de todo, los dos éramos igual de tímidos. Quizá fue por mi altura, porque es cierto que eso a veces impone respeto, sobre todo cuando se trata de un grupo de cobardes que tienen que maltratar a otro para sentirse valientes, pero sea por la razón que fuera, desde el primer día lo acosaron en cada recreo e incluso durante las clases.

Día tras día, mientras lo acompañaba de regreso a su casa, él me contaba sobre los abusos a los que era sometido y yo veía cómo se iba desmoronando, sin saber qué hacer o cómo ayudarlo. Durante los años escolares había atravesado momentos similares, incluso lo habían

tratado por depresión como consecuencia de los síntomas que experimentaba por aquel tiempo. Lo peor de la nueva situación era que siendo alumno de secundaria no podía decirle nada a su familia, se suponía que era grande y que tenía que aprender a manejar los problemas sin ayuda. Además su padre era un tipo duro y autoritario que jamás habría comprendido los sentimientos del hijo. Sí, si le hubiera contado lo que sentía, seguramente en lugar de entenderlo, lo habría castigado por lo que él tomaría como una debilidad. Por eso Jorge estaba definitivamente solo y yo era el único en quien podía confiar, pero a pesar de ser consciente de ello, no pude tenderle mi mano.

23

* * *

Una mañana de domingo, en pleno invierno, Jorge se levantó temprano. Sin que nadie se diera cuenta, tomó la Glock 9 milímetros que su padre guardaba en un cajón del ropero, dentro de un estuche negro, y se fue caminando hasta el Museo Oceanográfico. Nadie sabe cuánto tiempo estuvo sentado sobre las rocas mirando el mar y mucho menos qué pensamientos pasaron por su mente. Lo único seguro es que en algún momento entre las dos y las cuatro de la tarde se voló la cabeza. Desde ese día todo fue diferente. Jamás volví a ser el mismo y me convertí en un ser al que nada parecía conmovier. Por lo menos eso es lo que demostraba hacia afuera.

La verdad es que por dentro sentía un vacío enorme, una angustia tan grande como el universo, una pena que se interponía entre mi persona y el resto de la humanidad. En ese momento comencé a exigir que me llamaran Nick.

* * *

Lucrecia salió de El Dragón Sub y con paso firme se encaminó por la avenida Colonia hasta Cuareim. Allí torció a la derecha hacia la parte más baja de la ciudad. Durante todo el trayecto me mantuve a una distancia prudencial, para que ella no me descubriera. Mi único interés era mirarla, aunque esta ocasión era diferente porque estaba siguiendo a una perfecta desconocida. En general seguía a chicas del colegio o que había conocido dentro de mi entorno cotidiano, chicas que me atraían por alguna razón; pero en este caso el objeto de mi persecución era una mujer a la que había visto por primera vez unos pocos minutos antes. La misma que me había advertido que ella era más de lo que yo podía manejar.

Cinco cuadras más adelante constaté que no era el único que la seguía. Tres hombres corpulentos, de movimientos ágiles y precisos, se ocultaban en las sombras, siempre detrás de ella. Cuando los descubrí, sentí una molestia que se transformó en una puntada en el pecho, aunque no lograba comprender el origen de ese sentimiento. De algún modo supe que aquello no estaba bien y que ella corría peligro, que esos hombres querían lastimarla.

Enseguida, y sin detener la persecución, fui sacando conclusiones. Si Lucrecia tenía algo que ver con el chico asesinado, lo que parecía muy posible después de escuchar la conversación que había sostenido con Danilo, y si por casualidad aquellos tres hombres eran parte de la patota que provocó la revuelta en El Dragón Sub, no era una locura pensar que querían hacerle lo mismo a ella. Cuando mis pensamientos llegaron a ese punto, apreté el paso para no quedar rezagado, aun corriendo el riesgo de delatar mi presencia.

Lucrecia llegó hasta una casa antigua, se detuvo frente a la puerta destartalada y se puso a buscar algo en el

bolso bandolera. Supuse que serían las llaves de la casa. Deberían ser las doce de la noche, la calle estaba vacía. En toda la extensión que captaban mis ojos, las únicas personas que se veían eran ella y aquellos hombres. En ese momento, aprovechando que parecía distraída, sus perseguidores se lanzaron tras ella a toda velocidad.

Por un instante dudé, pero fue solo una fracción de segundo. Mis sospechas eran reales, iban a atacarla y ella no se había dado cuenta. Sentí que lo único que importaba era intentar ayudarla, pero los hombres estaban demasiado lejos para enfrentarlos, lo que también hubiese sido una locura porque pelear jamás había sido mi fuerte. Como no tenía tiempo que perder, corrí en su dirección tan rápido como me lo permitían las piernas y simultáneamente grité su nombre.

Lucrecia giró justo a tiempo para moverse a un costado y evitar al primero de los atacantes. Ellos también se sorprendieron al oír mi voz porque no esperaban compañía, pero no se dejaron amedrentar y como si ejecutaran una maniobra largamente practicada, los dos que estaban más cerca de la chica se concentraron en ella, mientras el tercero dio vuelta sobre sus pasos y se dirigió hacia mí.

El miedo me congeló, no sabía qué hacer y tampoco atiné a huir. Aunque seguramente no serviría de nada porque por lo que había visto eran increíblemente rápidos. Cuando estuvo a pocos pasos de distancia, el hombre saltó con la pierna extendida y me derribó de un golpe en el pecho. Mientras rodábamos sobre el asfalto pude ver que Lucrecia luchaba contra los otros dos, y por lo que parecía, no le estaba yendo mal. A pesar de que se veía mucho más pequeña que ellos, los mantenía a raya sin dificultad.

No pude continuar mirándola porque yo también tenía mis problemas. Después de tirarme al piso, el hombre me tomó por el cuello e intentó estrangularme con una fuerza descomunal. Sentía que de un momento a otro me iba a aplastar la tráquea. Ya comenzaba a faltarme el aire, cuando en una reacción instintiva, levanté la rodilla y le pegué en los testículos. Él aflojó la presión sobre mi garganta y aproveché para empujarlo. Me paré como pude; pero mi atacante también se puso de pie y a continuación desenvainó un cuchillo de caza. Di un paso hacia atrás intentando alejarme, pero tropecé con el cordón y volví a caer. Entonces el hombre saltó sobre mí como lo haría una fiera. Yo estaba indefenso, la punta del cuchillo viajaba directo a mi corazón y no había forma de esquivarla.